

RESEÑA

Marco Calderón

Educación rural, experimentos sociales y Estado en México: 1910-1933

México: El Colegio de Michoacán, 2018

Martin J. Larsson¹

A pesar del evidente interés histórico que aparece en el título y del aporte que el libro hace tanto al campo de la historia educativa en México como a la historia de la antropología en el país, el libro de Marco Calderón es, ante todo, un intento muy interesante por explorar fundamentos clave de la creación del Estado mexicano y la cultura política actual del país. Lo que aparece en el abundante material de archivo que utiliza para su análisis es una imagen de un Estado y de una cultura política que están dominadas por las prácticas políticas autoritarias, clientelares y corporativas que aparecen en la relación entre ciudad y campo, así como entre occidente y los pueblos indígenas.

Como sugiere su título, se trata de un estudio de la educación rural de 1910 a 1933 y los experimentos sociales llevados a cabo por el gobierno mexicano en aquellos años, es decir, durante los años de los eventos conocidos como la Revolución Mexicana y los primeros años de los gobiernos posrevolucionarios. El libro consta de nueve capítulos divididos en dos partes, aparte de la introducción. En los primeros dos capítulos, que constituyen la primera parte del libro, el autor dibuja un marco general de antecedentes con énfasis en el llamado 'problema indígena', así como en un tipo de desarrollo intregacionista que estaba formulando el antropólogo Manuel Gamio, a su vez inspirado en su maestro, Franz Boas. Calderón señala cómo Gamio defendía la idea de que la heterogeneidad cultural era el problema principal del país, ya que impedía el progreso. Para forjar una patria y con ello lograr el progreso de México (que era el proyecto que proponía Gamio), sería necesario incorporar a las familias indígenas a la "vida nacional" (p. 91). Una parte importante de este cambio serían las escuelas rurales.

Al pasar a la segunda parte del libro, Calderón muestra cómo las ideas generales, discutidas en la primera parte, fueron traducidas a programas específicos – desde los maestros

¹ Universidad de las Américas, Puebla.

misioneros y la Casa del Pueblo, hasta la Escuela Normal Rural – y cómo estos programas se llevaban a cabo en la práctica. Es en estos cinco capítulos donde presenta los casos que constituyen el centro de la investigación: es aquí donde vemos lo que significaban las metas políticas y los programas, al encontrarse con la población que, hasta ese momento, había sido pensada en términos abstractos. Calderón dibuja una imagen multifacética de las actividades que se llevaban a cabo como parte de la educación rural en varios pueblos de Michoacán, Tlaxcala e Hidalgo – desde la construcción de las escuelas, las inauguraciones, la construcción de carreteras, la producción de pieles y conservas, la producción de manuales para mejorar la agricultura, entre otras.

Basándose en estos casos, y en el contexto en el cual los ubica, el autor argumenta que la escuela rural y los experimentos que discute desempeñaron un papel crucial en el proceso de difundir el sentimiento de ser mexicano entre la población rural, no sólo por difundir una historia patriótica como parte del currículo escolar, sino por impulsar un número de actividades fuera de la escuela como el trabajo social, los festivales cívicos, el teatro, el cine y la radio. Con el tiempo, señala, esta nueva presencia del Estado se fusionaría con el catolicismo y con las “creencias vernáculas y tradiciones populares de pueblos de indios” (p. 362).

Un aspecto importante que resalta en la educación rural de los años que investiga, son las tensiones entre el proyecto de la formación de una cultura nacional homogénea y las necesidades locales. Argumenta que “las ‘necesidades locales’ no necesariamente coincidían con las necesidades nacionales; más aún, en muchas ocasiones eran contrapuestas, sobre todo por el hecho de que estas últimas estaban vinculadas a la lógica del mercado y al desarrollo del capitalismo” (p. 363).

Calderón destaca las ideas racistas como parte de este desencuentro, y que aparecían aún en los discursos que supuestamente buscaban un encuentro entre iguales. Por ejemplo, menciona cómo Narciso Bassols, secretario de Educación Pública entre 1931 y 1934, proclamaba que quería “conservar ‘los valores positivos de las razas indígenas’”, al mismo tiempo que quería “retomar los aspectos valiosos ‘de la civilización occidental’” (p. 363). Sin embargo – señala el autor – resultó poco claro en qué consistirían los valores positivos de ‘las razas indígenas’: Bassols consideraba, más bien, que era “‘imposible sacar a las comunidades indígenas’ de la miseria en que vivían sin terminar con ‘la mezquindad’ de algunos de sus hábitos, sin combatir ‘lo antihigiénico de su alimentación’ y sin extirpar ‘los prejuicios oscuros’ que dominaban sus conciencias” (p. 364).

Si la relación tensa entre ‘lo occidental’ y lo ‘indígena’ se encontraba al centro del gran proyecto de forjar una nueva patria, Calderón argumenta que lo mismo era el caso para la relación entre ciudad y campo, donde la ciudad era el modelo a seguir. No sería de sorprenderse, entonces, si los proyectos basados en este tipo de ideas generaban ciertos conflictos al llevarse a cabo.

Aparte de este énfasis en las tensiones de los planes de gobierno – es decir, entre lo occidental y lo indígena, y entre la ciudad y el campo – Calderón subraya un efecto secundario: la sindicalización de los maestros. Con los sindicatos de maestros, se agregó un ingrediente importante a ese sentido de ser mexicano que había logrado producir las escuelas rurales. A través de la incorporación de los sindicatos a la estructura priísta, las escuelas rurales también se vieron inmersas en una “cultura política autoritaria, clientelar y corporativa” (p. 370), que – señala – llegó a ser característica del Estado mexicano por varias décadas.

Por este énfasis en la creación de una nueva cultura nacional, podríamos pensar en el trabajo de Marco Calderón como un esbozo de la formación de un marco común de interacción política, un marco o un lenguaje que permite una comunicación bastante fluida y que les da sentido a los actos. Si bien su obra destaca el corporativismo y el autoritarismo, así como las ideas bastante negativas sobre lo indígena y lo rural, es importante recordar que el marco que aparece en el libro también le da un espacio al catolicismo y a las creencias vernáculas y tradiciones populares de los pueblos indígenas. Se trata, en otras palabras, de un lenguaje amplio, con un espacio significativo para contradicciones y ambigüedades un espacio que parece ofrecer bastantes posibilidades de acción.

Este análisis sobre la formación del Estado mexicano y la cultura política nacional resulta bastante útil para entender el discurso político público en la actualidad. Al mismo tiempo, esta fortaleza constituye el único punto débil que vale la pena subrayar en este libro: el énfasis en el discurso público implica que el autor pone menos atención en la política cotidiana, donde *no* están ni el Estado ni los medios de comunicación. A pesar de las dificultades prácticas de construir este tipo perspectiva por la tendencia de que el Estado siempre se encuentra presente en los archivos de las instituciones estatales, podría ser interesante intentar hacerlo, considerando, sobre todo, el interés que muestra el autor en las posibilidades de acción de los ‘beneficiarios’ de los proyectos estatales.